



Cuatro casas de Guillermo Vázquez Consuegra

Desde sus primeras obras (Arquitectura n.º 211, 1978) y quizás ayudado por el azar de los encargos con programas dobles, detectamos en Guillermo Vázquez un deseo de fragmentar el programa de diversas maneras y para distintos significados, buscando un diálogo entre las partes que deje en sus *intersticios* lo mejor del proyecto. Así, serán en la casa Martínez Gijón (1974) la pasarela que une una casa y piscina, y en la Elizalde la *calle* que corta el programa en dos, los elementos a los que se confía la construcción de un espacio que se desearía más *urbano*. O en la Rolando, los diversos volúmenes del programa, encontrándose en el patio ajardinado preparado para ser completado en el tiempo, lo que caracterizará esta estructura *rural* de la hacienda.

Este mismo tipo de operación se lleva al interior de la construcción en el Almacén de Azulejos a través de la relación entre los aseos *corbusianos* y la periferia de las habitaciones que los rodean, o en Uhtna Hus (1983), donde el recuerdo del patio central —muy alejado ya de la severa cuestión tipológica rossiana y más próximo a las consideraciones climáticas— se utiliza para la sala central.

Sin embargo, en las primeras casas, esta dispersión de las partes se velaba con una serie de operaciones que reconstruían el volumen total, su integridad. Las fachadas, más planas, que esconden

los espacios intermedios, y las cerchas que reúnen lo voluntariamente disperso nos insinúan un sistema de composición más próximo a la *excavación* de un volumen más neto que a la fragmentación.

Es en la casa Rolando donde esto se altera. Cada parte adquiere mayor auto-

nomía e incluso dentro de cada una los elementos constructivos o formales se nos presentan exentos y sin mediaciones. (Véase la cubierta del taller sin encuentro posible con los muros, la fachada de balcones del mismo o incluso los elementos "sin fin" de la pérgola que se adentra en el olivar).

Aún resulta más clara esta diferencia con las primeras obras al observar el proyecto más reciente, la Uhtna Hus, donde todos aquellos espacios intermedios anteriormente contenidos en el prisma se producen con total autonomía, muy favorecida ésta por el cambio de geometría de la traza (nunca dejará de ser fundamental el control de la forma por la geometría para G. Vázquez) donde los potentes rasgos fundamentales nos recuerdan la manera de hacer del grabador, los *surcos* por los que discurre la forma en un Venturi o, como le gustaría más a G. Vázquez, un Alvaro Siza. Por último, queremos resaltar lo poco que podrían sorprendernos sus edificios al pasar del proyecto a la realidad. Sin duda el gran despliegue de dibujos distintos y maquetas que el autor elabora primorosamente le garantizan la certeza de cómo ha de ser el edificio una vez construido. Pero esto no es del todo cierto: las casas de Guillermo Vázquez, en cuanto casas sevillanas que son, esperan confortablemente su completamiento con el uso y con el tiempo. / J. F.

